

*El fuego de Cristo*¹

Un fuego de verdad y de amor

1. Hay algunos pasajes del Evangelio en los que Cristo parece abrir una pequeña rendija que nos permite asomarnos a ese horno ardiente de amor infinito que es su Corazón. Uno de ellos, en mi opinión, es el que acabamos de escuchar: *Fuego he venido a traer a la tierra, ¡y cuánto desearía que ya estuviera ardiendo!*²

El fuego en la Biblia es una imagen expresiva del encendido amor de Dios a los hombres. Con este término, *fuego*, Jesús revela sus ansias incontenibles de dar la vida para salvar a la humanidad, su permanente afán de que la Verdad salvadora de su Evangelio se difunda por el mundo entero³.

San Lucas también nos ofrece la imagen del fuego, en la narración de los Hechos de los Apóstoles de aquella inolvidable mañana de Pentecostés. Nos dice que entonces sopló un viento fuerte por toda la casa y aparecieron unas lenguas de fuego sobre los discípulos y todos quedaron llenos del Espíritu Santo.

Cada uno de esos hombres y mujeres, encendidos por el fuego del amor divino, se lanzan por todas partes a difundir la novedad del mensaje cristiano. Un fenómeno, queridos hermanos, que debe repetirse en cada etapa de la historia de la salvación. También en esta, la que Dios ha puesto en nuestras manos. Las palabras del Señor deben resonar en su Iglesia, en cada época y lugar, con la misma fuerza y claridad con que se oyeron aquel día de Pentecostés.

Como los primeros cristianos

2. Es ciertamente doloroso comprobar que segmentos importantes de nuestra sociedad están tantas veces fríos, oscuros, como envueltos por una densa costra de indiferencia. Pero no era muy distinto el ambiente que se encontraron los primeros cristianos. El autor de la epístola a los hebreos, según escuchamos en la segunda lectura, animaba a sus destinatarios apelando a esa multitud de antepasados que dieron prueba de su fe; y los exhortaba a librarse del pecado, para emprender con brío *la carrera con la mirada fija en Jesús, autor y consumidor de nuestra fe*⁴.

Pues nosotros igual. Con el fuego de Cristo podemos llevar luz y calor a muchos corazones apagados y entristecidos. *¡Oh Jesús...*, –escribía san Josemaría– *fortalece*

¹ Homilía el domingo XX del tiempo ordinario, ciclo C.

² Evangelio, *Lucas* 12, 49.

³ Cfr. *Sagrada Biblia, Comentario*, Facultad de Teología de la Universidad de Navarra.

⁴ Segunda lectura, *Hebreos*, 12, 1-2.

*nuestras almas, allana el camino y, sobre todo, embriáganos de Amor!: haznos así hogueras vivas, que enciendan la tierra con el divino fuego que Tú trajiste*⁵.

Contemplando la frialdad religiosa especialmente aguda durante aquellos años en el continente europeo, san Juan Pablo II, por su parte, interpelaba a los obispos de la región: Se necesitan apóstoles, les decía, *expertos en humanidad, que conozcan a fondo el corazón del hombre de hoy, participen de sus gozos y esperanzas, de sus angustias y tristezas, y al mismo tiempo, sean contemplativos, enamorados de Dios. Para esto se necesitan nuevos santos. Los grandes evangelizadores de Europa (y del mundo) han sido los santos*⁶.

Santos cercanos y sencillos

3. Gracias a Dios la larga lista de los santos crece constantemente. En nuestros días no faltan las beatificaciones y canonizaciones. Lo que muestra que en todo tiempo y lugar, la semilla del Evangelio cae en buena tierra y produce fruto abundante. Les podría contar que este verano, hace pocas semanas, me pidieron atender a una buena señora, mayor, que estaba hospitalizada e iba a ser sometida a una delicada operación. Cuando supo que yo pertenecía al Opus Dei, me contó emocionada un pequeño suceso. Se encontraba en su casa en Jalapa, y un día encendió la televisión en un canal católico. Con la enorme sorpresa de que lo primero que se encontró en la pantalla fue la imagen de una antigua y muy querida amiga suya: Guadalupe Ortiz de Landázuri. La alegre, piadosa e incansable directora de la residencia de estudiantes en la que ella había vivido hace muchos años en esta Ciudad de México. El programa que transmitían era, precisamente, un resumen de la imponente ceremonia de su beatificación.

En efecto, no falta en nuestros días el testimonio de los santos. *La vida* –escribe Benedicto XVI– *es como un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso, un viaje en el que escudriñamos los astros que nos indican la ruta. Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Esas personas son luces de esperanza. Jesucristo es ciertamente la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia*⁷. Pero junto a Jesús, más accesibles a nosotros, también están los santos. Ese hermoso batallón de cristianos, de muy diversas procedencias y circunstancias (hombres y mujeres, grandes sabios o personas muy sencillas, reyes poderosos o pobres campesinos, ancianos y jóvenes y aún niños, sacerdotes y laicos, de todas las culturas y lenguas...) todos ellos gozando ya, para nuestro consuelo, de la vida eterna. Ese maravilloso conjunto es, indudablemente, *el rostro más bello de la Iglesia, la honra de nuestra fe*⁸.

4. *Fuego he venido a traer a la tierra, ¡y cuánto desearía que ya estuviera ardiendo!*⁹ Aprendamos de los santos a difundir el fuego de Cristo. Que sean ellos el espejo en el que nos miremos para evangelizar las zonas tenebrosas de este mundo nuestro. Y que

⁵ SAN JOSEMARÍA, *Forja*, n. 31.

⁶ SAN JUAN PABLO II, *Simposio de Obispos europeos*, 11-X-1985.

⁷ BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, n. 49.

⁸ J.L. MARTÍN DESCALZO, *Yo amo a la Iglesia*, p. 40.

⁹ Evangelio, *Lucas* 12, 49.

la Virgen María, Reina de los Apóstoles y de todos los Santos, nos acompañe como la Estrella de esta gran misión.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 18 de agosto de 2019